

# Un plantel de seráfica santidad en las afueras de Burgos

---

San Esteban de los Olmos (1458-1836)

---

(Continuación)

## VIII. — LISTA DE HONOR

8.—*P. Fr. Juan de Jesús Torrecilla* (123).

El P. Fr. Joan de Jesús de Torrecilla, natural del lugar de Valluércanes, junto a la villa de Cerezo, en el Arzobispado de Burgos, fué Predicador Apostólico, de gran celo de la salvación de las almas; discurreó siempre a pie y descalzo (aun en su ancianidad) por muchos lugares, villas y ciudades, Obispados y Arzobispados de Castilla la Vieja, con una banderilla en la mano, donde llevaba pintada la imagen de Nuestra Señora, de quien fué devotísimo y especialmente de su Concepción Inmaculada, fundando cofradías en muchos lugares y exhortando a que jurasen defender siempre este misterio. Lo cual hizo con autoridad del Rmo. P. Fr. Joan Venido, Comisario General de la Orden en esta familia Cismontana, y con licencia de los Ilustrísimos Señores Arzobispo de Burgos y Obispos de Calahorra, Tarazona, Osma y Pamplona, y con comisión del Definitorio de esta Provincia de Burgos, la cual diligencia fué gran parte para que España solicitase en Roma los Decretos de Paulo V y Gregorio XV en favor del dicho misterio, prohibiendo tratar o defender, aun en privados coloquios, opinión contraria.

En la otra mano llevaba una campanilla, tocándola por las calles y

llamando a los fieles a oír la palabra de Dios, la cual predicaba con libertad de espíritu y fervor apostólico en las calles, plazas, campos y en cualquiera parte que hallase algunos oyentes, aunque fuesen pocos. A su predicación se llenaban las iglesias de gran concurso, tomando anticipadamente lugar para oír su doctrina, que era suave, amorosa y eficaz, llena de erudición de escritura y de Santos, en que estaba muy versado; predicaba en un día tres o cuatro sermones diferentes, moviendo a los pecadores a penitencia y enmienda de vida con tanto fruto, que apenas había alguno que no saliera mejorado. Salían de sus sermones llorosos, compungidos y devotos. No predicaba por ostentación, ni con palabras retóricamente aliñadas a lo humano, sino muy a lo divino, con razones vivas, ardientes y persuasivas, que salían como brasas encendidas en el horno del amor divino que en su pecho ardía. Ya los espantaba con la memoria de la muerte, con la representación del riguroso juicio y penas del infierno; ya los alentaba y movía a penitencia con la esperanza de la gloria y misericordia divina.

En un octavario de sermones, que en cierta ciudad los predicadores mostraban ingenio en conceptos sutiles y agudezas singulares, dijo un piadoso caballero: «Harto mejor fuera predicar estos sermones el P. Torrecilla para que saliéramos llorando y no lisonjeando al predicador»; e hizo instancias para que le diesen el octavario el año siguiente. Predicaba en otra ciudad, y, habiendo dicho la salutación, reconoció que faltaban algunos caballeros y sabía estaban desafiados al juego de pelota; llevado de la corriente de su fervoroso espíritu, pidió al auditorio le esperase, que él volvería luego; y, bajando del púlpito, se fué a la calle donde jugaban y les dijo tales razones que, atemorizados, sin saber replicar palabra, se fueron a oír el sermón; y, volviendo, halló el predicador su auditorio junto y continuó, prosiguiendo su sermón con tal eficacia, que no salieron con deseo de volver al juego y recreación, sino de enmendar sus vidas.

Un Viernes Santo, aunque estaba el Siervo de Dios en cama y muy enfermo, le dió tan vehemente impulso de predicar la palabra divina, que se levantó de la cama y se fué por las calles de la ciudad de Burgos, tocando la campanilla como acostumbraba, diciendo a voces: «*Vayan a San Francisco a oír la palabra de Dios*». Concurrió el Ilmo. Sr. Arzobispo D. Fernando de Acebedo, y a su ejemplo todo el lugar. Y en el convento de San Francisco se ordenó y dispuso aquella tarde la devota procesión del *viacrucis*, predicando el Siervo de Dios en cada estación, como tenía costumbre, con tanto valor, espíritu y eficacia, como si tuviera una salud muy robusta. Acabadas las estaciones del *viacrucis* predicó un largo y fructuoso sermón en la iglesia del dicho convento,

oyéndola todos con tanto consuelo y gusto como si hubiera predicado un cuarto de hora, admirados todos de que, estando enfermo, pudiera predicar tanto y tan bueno. Y para fin del sermón sacó un Cristo, a quien dijo tan tiernas y devotas palabras, que movieran a las piedras; hizo un acto de contricción con tantas lágrimas, que movió al auditorio a llorar sus culpas y enmendar sus vidas. Era para dar gracias a Dios los efectos que hizo en esta ocasión el sermón que había predicado. Los eremigos se reconciliaban, y se pedían perdón, los usureros restituían lo mal ganado, los amancebados se apartaban de la ocasión, los blasfemos se reprimían y los pecadores se enmendaban, los imperfectos se fervorizaban, los ignorantes aprendían y los perfectos salían ilustrados, porque siempre enseñaba doctrina sana, sólida y verdadera, declarando los preceptos del Decálogo y de la Iglesia y los artículos de la Fe, atronando a los oyentes con la memoria de las postrimerías.

No faltaron prodigios que confirmasen la virtud y santidad de este apostólico varón. Salió a predicar en una ocasión, viviendo en el convento de San Antonio de Nalda, y llevaba un jumentillo donde poner el breviario y algunos libros para su ministerio; el jumentillo iba desherrado; llegó a un lugar y pidió al herrador que, por amor de Dios, le echase unas herraduras al jumento; ejecutó lo que el Siervo de Dios le mandaba, y, en acabando, le pidió el oficial le pagase su trabajo. Ofrecióle el varón de Dios pagárselo en oraciones; no se contentó con eso el oficial, instaba en que le había de pagar de contado; y, viendo el Venerable Padre que no le podía reducir a hacer aquella limosna, se volvió al jumento y le dijo: «Ea, hermano jumento, arrojad esas herraduras, pues no tenemos con qué pagarlas». ¡Caso raro! Obedeció el bruto y, dando golpes contra el suelo, arrojó de sí las herraduras al punto. Admirado el oficial de lo que miraba, volvió, reconocido, a echar las herraduras, sin pedir temporal satisfacción.

Era su devoción tanta, y tan profunda su humildad, que siendo Vicario del convento de Santa Clara de Burgos, se iba al convento de San Francisco de la misma ciudad para oír y ayudar cuantas misas podía; y para este ministerio se ponía roquete y asistía y servía con ejemplar reverencia y edificación de cuantos le conoían. Con los novicios iba a decir las culpas en el refectorio y recibía con gran humildad las disciplinas que le daban. Siendo Guardián en un convento grave de esta Provincia y hallándose la comunidad pobre de religiosos que la pudiesen servir, por estar muchos enfermos y otros legítimamente ocupados, deseando el Siervo de Dios que las funciones del oficio divino y altar se hiziesen con la autoridad y solemnidad acostumbradas, sucedió que estando en tercia le advirtió el sacristán que el oficial, que

había de servir de Diácono en la misa, no estaba en casa y que señalase quién se había de vestir. Rogó a un súbdito suyo que se vistiese; y, pareciéndole al súbdito que aquel oficio no era para un hombre de su antigüedad en la Religión, se excusó y no quiso vestirse. Viendo esto el Prelado, bajó del coro, vistióse y cantó el Evangelio en la misa, de que toda la comunidad quedó edificada, viendo la humildad del Prelado, condenando la poca obediencia y demasiada vanidad o terquedad en el súbdito.

Aunque viniese de predicar distancia de cuatro leguas, no sólo se levantaba a maitines a media noche, mas era el primero y quien despertaba a los otros religiosos, sirviendo de velador y tocando la campana; y, después que la comunidad había salido de maitines, se quedaba en el coro en oración y tomaba rigurosa disciplina y con una cruz muy pesada andaba las estaciones del *viacrucis*. No se Sabía cuando dormía, porque la hallaban despierto y ocupado en santos ejercicios.

Ayunaba cuaresma al Espíritu Santo, a San Miquel Arcángel, a N. P. San Francisco, pasando con tan poco sustento que parecía milagro poder vivir con tanta abstinencia y tan excesiva ocupación y trabajo. Oprimía su cuerpo con cilicios y cadenas, y siempre alegre.

Tuvo don de discernir espíritus y de guardar almas en el camino de la perfección. Viviendo en el convento de San Julián de la villa de Agreda, confesaba a una matrona virtuosa, llamada Catalina de Arana, mujer de Francisco Coronel, padres que fueron de la Venerable Madre María de Jesús de Agreda; sucedió, pues, que una noche, después de maitines, estando el P. Torrecilla en oración, sintió un vehemente impulso que le movía a persuadir y aconsejar a la dicha Catalina de Arana a dejar el mundo y ofrecer a Dios todos sus bienes temporales y servirle en religión; consideraba las grandas dificultades que esto tenía, por ser la dicha Catalina de Arana mujer casada con hijos, hijas y familia; no obstante esto el Siervo de Dios lo miraba con tanta certeza y seguridad como si lo viera ya ejecutado. Y, sin poder reprimirse, salió a la mañana del convento para hablar en el caso a la dicha Catalina de Arana, la cual aquella misma noche había tenido inspiración del Cielo para dejar el mundo y tomar estado de religiosa, y, sin poder sosegar, se determinó ir al convento de San Julián a hablar a su confesor, que era el P. Torrecilla. Ella iba y él venía, encontráronse los dos junto a una Cruz que está al salir del convento de San Julián para ir a la villa; conoció el Siervo de Dios a que venía tan de mañana la dicha Catalina, y saludándose con palabras generales, la dijo el P. Torrecilla; «Ya sé, hermana Catalina; a qué viene; vuélvase a casa y está fija y sea fiel en ejecutar lo que Dios la inspira». Ofrecieronse en este caso mil dificulta-

des, moviéronse gravísimas cuestiones, vencieronse imposibles, [y] finalmente se ejecutó lo que el Siervo de Dios había aconsejado y previsto con tan feliz suceso, que de la casa en que vivían el dicho Francisco Coronel y dicha Catalina de Arana se hizo convento de la Purísima Concepción, en que tomó el hábito de religiosa la dicha Catalina de Arana con sus dos hijas, y el dicho Francisco Coronel tomó el hábito de religioso en el convento de San Antonio de Nalda, a quien siguieron los dos hijos, recibiendo el hábito de la misma Orden en diferentes conventos, tomando Dios por instrumento para obra tan piadosa, graciosa y tan de su servicio al P. Joan de Jesús y Torrecilla. Remítome a a la relación que de este caso está hecha en el convento de San Julián de Agreda, donde se traza más de propósito y por extenso.

Fué admirable la caridad con que miraba a los prójimos; lloraba con ellos sus trabajos, visitaba a los encarcelados, consolaba a los enfermos, aconsejando a todos con tiernas y devotas palabras a mirar primero y principalmente por la salud de sus almas y seguridad de sus conciencias y a recibir los Santos Sacramentos, para lo cual ni perdonaba trabajo, ni tenía peligro, a fin de aplicarles tan importante remedio. Fué Guardián de este convento de San Esteban por los años de mil seiscientos y trece y de otros conventos, Definidor de la Provincia por la Recolectión y finalmente Guardián del convento de San Francisco de Logroño, donde murió en el oficio año de mil seiscientos y treinta y dos, dejando a la ciudad y Provincia con tan gran dolor y desconsuelo por haber perdido tan gran maestro y piadoso Padre (124).

9.—P. Fr. Juan López (125)

El P. Fr. Joan López, sacerdote y predicador, fué natural de la villa de Fresneda, en el valle de San Vicente de la Sierra, Arzobispado de Burgos. Y después de sus estudios de Artes y de Teología en la Religión, se retiró a la Recolectión, donde vivió toda su vida, y fué Guardián de San Antonio de Nalda y después de San Esteban de los Olmos; y, así súbdito como Prelado, perfecto religioso. Señalóse en la

---

(124) Según testimonio del P. Fr. Juan de Araoz, en carta fechada en Logroño el 13 de septiembre de 1681, que se conserva en el archivo franciscano de Nájera, Fr. Juan de Jesús Torrecilla murió el 2 de septiembre de 1632, a las dos del atardecer. Fr. Juan de Araoz, que le confesó generalmente antes de morir, añade: «No sé que hubiese quebrantado la Regla de N. P. S. Francisco ni la gracia bautismal».

(125) La redacción A; Ex testibus fide dignis: M. S. Provinciae Burgensis. La redacción B remite a: M. S. Prova. Burgos.

estrecha observancia de la Regla y estado recoleto, celando sus constituciones y loables costumbres, sin permitir ensanche o introducción nueva contraria a las antiguas y sana inteligencia de los mayores; aborrecía en extremo la novedad de opiniones si ocasionaban alguna relajación; seguía siempre lo más seguro, aspiraba a lo mejor. La virtud de la pobreza, tan propia y tan necesaria a los Frailes Menores, hijos de N. P. San Francisco, la observaba a la letra según la explicación de los Sumos Pontífices y Padres antiguos; y, así súbdito y en particular, como Prelado y en común, celaba esta virtud, examinando con gran discreción las necesidades, así las propias, como las de los otros religiosos y de la comunidad; en las necesidades propias era escrupuloso y antes quería padecerlas que remediarlas. Con los demás religiosos y comunidad, siendo Prelado, se había con más benignidad, pero siempre excusando lo superfluo y no necesario, en que padeció alguna censura, pero no por eso aflojaba en mirar por la santa pobreza. Cuando murió, no le hallaron en la celda ni de su uso otras alhajas, sino recado de escribir, hilo y abuja para remendarse y algunos papetes manuscritos.

Su abstinencia fué muy igual, comía muy parcamente y raras veces cenaba o hacía colación; siendo Guardian, mandaba al Lector de mesa que, dicha la primera pausa en la lección de la noche, se bajase y le diese el libro; y él leía, cuando la comunidad cenaba. Cuando este Siervo de Dios estaba enfermo y a lo último de su vida, le vieron los religiosos repetir con gran cariño: «*Amigo, aguarda, aguarda*». No entendieron el misterio por entonces; [pero] dentro de pocos días vino aviso de cómo en el convento de San Antonio de Nelda había muerto el mismo día y hora el P. Fr. Joan Ruiz Difnidor actual de la Provincia por la Recolección, religioso de singular perfección, y estos dos eran íntimos amigos en vida, de donde coligieron que el haber repetido con tanta ternura el dicho Padre Fray Joan López las dichas palabras: «*Amigo, aguarda*», fué porque, así como los dos fueron amigos en vida, fueran también compañeros en la muerte. Lo cierto es que el dicho P. Fr. Joan López murió con opinión de santo, a juicio de todos los religiosos, año de mil seiscientos y treinta y cinco, y está enterrado en este convento.

10.—P. Fr. Luis de la Madriz (126)

El P. Luis de la Madriz fué natural de Cárdenas, en la Rioja y junto a la ciudad de Nájera; tomó el hábito en el convento de San Francisco

---

(126) Ambas relaciones traen la misma referencia: M. S. de la Provincia de Burgos.

de Logroño, donde profesó, y siendo interiormente movido a vida más penitente y observancia más perfecta de su Regla, aspirando a más retiro y soledad, pidió y alcanzó obediencia de sus Superiores para vivir en este convento de San Esteban de los Olmos, donde perseveró toda su vida. Siendo de edad de catorce años y viviendo en el siglo, hizo voto de castidad y guardó virginidad toda su vida, con pureza más angélica que humana. Era de naturaleza dócil, suave y apacible, muy circunspecto en todas sus acciones, los ojos apenas los levantaba de la tierra, la voz sumisa y atractiva, el andar grave y religioso; sólo el verle bastaba para edificar y componer a cuantos le miraban, por lo cual se hacía temer, amar y venerar. Su compostura no era afectada, sino que parecía como nacida sin conocerse mundanza. Fué maestro de novicios en este convento y todos le podían tener por maestro; gastaba pocas palabras, y lo que podía o debía, por señas lo advertía y con una tos disimulada les daba a entender a los novicios la falta y los obligaba a advertir lo que hacían. En la grande igualdad y paz exterior que tenía, se mostraba la paz interior y recogimiento y serenidad que su alma gozaba. Era muy bien entendido en las materias de espíritu y sus conversaciones [eran] muy espirituales, procurando con mucha gracia sacar siempre provecho para sí y para los prójimos. Era de complexión tierna y delicada y de pocas fuerzas para el trabajo corporal, pero su espíritu robusto y fervoroso, que no perdonaba nada, no sólo al rigor de la vida recoleta, sino también añadiendo otras penitencias voluntarias de disciplinas rigurosas; que, aunque obraba siempre con gran recato, los del noviciado sentían muy bien el ruido. Fué muy dado a la oración mental, o, por mejor decir, siempre estaba en oración, y así se podía entender su perfecto modo de obrar. Iba este Siervo de Dios obligado de la obediencia algunas veces a pedir las limosnas ordinarias a la ciudad de Burgos y era con tanta edificación y religioso ejemplo, que todos le miraban como Ángel del Cielo y especialmente las personas principales, haciendo de él singular estimación por su maciza y sólida virtud. Murió en la flor de su edad, a los treinta y seis años poco más o menos, y se tiene por cierto conoció la hora de su muerte, porque estando enfermo y habiendo recibido los sacramentos muy a tiempo, visitándole los religiosos después de maitines y reconociendo estaba muy en peligro y se iba muriendo, trataban de darle la Extrema Unción, y con suma paz les dijo: «Padres váyanse a descansar, que aun no es hora, yo avisaré». Preguntaba muy a menudo a los que velaban: «¿Qué hora es?»; y, en respondiéndole, se volvía a sosegar; repetía la misma pregunta una y muchas veces. Ultimamente respondieron: «Padre, darán las cinco». Dijo luego el enfermo: «Llámenme llámenme a los Padres». Juntóse

toda la comunidad y le dieron la Extrema Unción; y, recibiendo este Sacramento, entregó su espíritu al Criador, con gran paz y quietud, año de mil seiscientos y treinta y cinco; y está enterrado en este convento con gran veneración.

11.—*P. Fr. Juan de León (127)*

Ei P. Fr. Joan de León, sacerdote y confesor, fué natural de la ciudad de Burgos, hijo de Andrés de León, mercader de gran caudal. Tomó el hábito en este convento de San Esteban a 2 del mes de junio del año de mil seiscientos y veinte y cinco. Nunca mudó convento; siempre estuvo fijo en su primera vocación, muy ajustado a la observancia de su regla; fué dotado de un natural cándido, sin doblez; dócil y amable, bienquisto y amado generalmente de todos, así religiosos como seglares, tenía singular gracia para deshacer discordias, componer pleitos y hacer amistades. Padeció muchos años una enfermedad en el pecho, de la cual le resultaron vivos dolores en el corazón, que sufrió con paciencia grande y conformidad. Rehusó el ordenarse de sacerdote por su humildad, reconociéndose indigno de tan alto ministerio, pero, obligado de la obediencia, rindió su juicio al de sus Prelados. Fué maestro de novicios en esta casa algunos años con singular agrado, prudencia y aprovechamiento de los que tenía a su dirección y enseñanza. A la hora de su muerte dijo a su confesor que no se acordaba de haber quebrantado la Regla en cosa de pecado mortal. Poco antes de morir se le apareció Cristo Nuestro Señor, acompañado de algunos santos, y, diciéndole cómo había de morir luego, y en señal de reverencia y conformidad con la voluntad divina, aceptando la muerte, inclinaba el enfermo algunas veces la cabeza. Dentro de pocas horas, quedándose como dormido, volvió en sí y dijo al enfermero que no había de morir de aquella enfermedad, porque le guardaba Dios para consuelo de su padre, que por su ancianidad necesitaba de su asistencia. Vino esto a noticia de su Prelado, a quien infundió Dios un conocimiento claro de que ésta era sugestión del demonio, pretendiendo con esperanza falsa de vida se descuidase el enfermo en prepararse como debía para la muerte. Preguntóle quién le había dicho que no había de morir de aquella enfermedad; respondió que Cristo Señor Nuestro, movido de las oraciones de su padre, que quedaba sin consuelo con su muerte, se le había aparecido segunda vez y le había dicho no moriría de aquella

enfermedad. Mas, insistiendo su Prelado en que aquello era tentación del demonio, conoció el enfermo, que era engaño, e hizo llamar a su confesor, doliéndose mucho y acusándose del crédito que había dado al demonio, que en figura de Cristo se le había aparecido; reconcilióse, y, haciendo muchos y fervorosos actos de conformidad y resignación en la voluntad divina, se sosegó y se le aparecieron algunos Santos, consolándole, y el último el Bienaventurado San Pascual, de quien era muy devoto, en cuyo día murió con tanta paz y sosiego que parecía se había dormido, en 17 de mayo de 1646. Está enterrado en este convento.

12.—*P. Fr. José Domínguez* (128)

El P. Fr. José Domínguez fué natural del lugar de Fresno de Rodilla, en el Arzobispado de Burgos; tomó el hábito en este convento de San Esteban a 31 de julio de 1623 y profesó al año siguiente de 1624, a 11 de agosto, como consta del libro en que se asientan los que reciben el hábito en el sobredicho convento. Fué este religioso de profunda humildad, de gran silencio y celador perfecto de su Regla, la cual guardó a la letra, siguiendo siempre lo más seguro y perfecto. Sirvió muchos años el oficio de sacristán con singular aliño y limpieza; tenía gracia para tratar las alhajas de la sacristía y altar y en sus manos se conservaban con lustre muchos años las que en otras se acababan en pocos días. Cuando hacía hostias, se ponía roquete con mangas cerradas y lo aprendió del P. Fr. Joan González, de quien queda hecha mención, en cuya compañía vivió algunos años. Fué muy estudioso y curioso en las reglas del Oficio Divino y rúbricas del misal, de que tenía tan clara noticia, que en cualquiera dificultad que se ofrecía con seguridad seguían todos su parecer, si bien por su humildad siempre le daba con rendimiento y sujeción al parecer aieno. En la oración se ocupaba de continuo; y, después de maitines y oración de comunidad, se quedaba ordinariamente una hora. Las mañanas las gastaba todas en la iglesia o en el coro con gran perseverancia. Después de cenar no salía de la iglesia ni en invierno ni en verano hasta el tiempo de silencio; nunca estaba ocioso, siempre bien ocupado. En la pobreza fué con especialidad observantísimo; nunca usó de más vestuario que el que concede la Regla, sin admitir túnica de muda para su uso; cuando había de lavar la que traía que era pocas veces por ser sumamente limpio), buscaba otra prestada y, remediada su necesidad, se la volvía diciendo que le embarazaba la

---

(128) La redacción A trae la misma referencia que la apuntada en la nota anterior.

celda; nunca tomó vestuario por costumbre, sino obligado de la obediencia y necesidad extrema o grave, y, si podía remendar el hábito o túnica con alguna cosa sana, aunque fuese vieja, rehusaba recibir vestuario. En la templanza fué discreto, excusando extremos; comía y bebía a las horas de comunidad, pero siempre parcísimamente; aunque se le ofrecieran muchas ocasiones, nunca tomaba cosa, sino a su tiempo y [lo] precisamente necesario, para sustentar la naturaleza (129). Las ocupaciones de la sacristía, que corrían por su cuenta, las prevenía con tiempo, de modo que no le impidiesen de la asistencia de las comunidades y del coro, a que asistía de noche y de día sin faltar a ninguna hora. En los últimos años de su vida le dió Dios una enfermedad de perlesía y se le pasmó todo el lado izquierdo; y, con todo su mal, se animaba aunque con gran dificultad y medio arrastrando, a seguir el coro, hasta que la enfermedad se fué apoderando, de modo que fué preciso obligarle a hacer cama y aplicarle algunos fuertes remedios, sufriendoles con paciencia y resignación en la divina voluntad. La enfermedad fué larga y muy penosa, de la cual murió a los cincuenta y cinco años de su edad, habiendo recibido muy a tiempo los Santos Sacramentos y dejando a todos los religiosos de la comunidad muy edificados y con gran fe y esperanza de su salvación, según lo ajustado de su vida ejemplar. Murió año de 1659, a cuatro de septiembre del dicho año, y está enterrado en este convento.

13.—P. Fr. Vitores Cardiel (130).

El P. Fr. Vitores Cardiel, natural de la villa Belorado, tomó el hábito en este convento año de mil quinientos y noventa y siete y profesó el siguiente año a catorce de junio. Vivió en la Recolección sesenta y un años, menos el tiempo que gastó en estudiar Artes y Teología. En los primeros años de predicador padeció mucho tiempo un corrimiento penosísimo a los ojos, el cual vino a privarle casi de la vista; hicieronse le remedios muy sensibles, en que mostró gran paciencia; alivióse algo el corrimiento, y, para que el humor se divirtiera a otra parte menos peligrosa, se le hicieron dos fuentes que sustentó toda su vida. Con tan poca salud seguía la comunidad con tanto rigor como el más robusto, sin faltar al coro de noche y de día con particular fruición de cantar

(129) La redacción A dice: «aunque se le ofrecieran muchas ocasiones; entre seglares se portaba con gran templanza, tomando precisamente lo necesario por sustentar la naturaleza».

(130) La redacción A: *Ex testibus fide dignis*.

en las divinas alabanzas, y, si conocía en algún religioso buena voz, le cobraba gran cariño por tener en este santo ejercicio ayuda y compañero. Aunque por sus enfermedades podía usar de algún alivio en el alimento y vestuario, no le admitió, usando de vestuario común y comida sin alguna singularidad. Fué muchas veces Guardián de este convento y Definidor de la Provincia por la Recolectión, a quien todos temían y veneraban. Amaba tiernamente el estado recoleto, miraba con gran celo su conservación, sentía agriamente cualquiera novedad que se opusiese a sus loables costumbres, defendía con gran valor sus constituciones; lloraba cuando veía en ella alguno mal contento o tentado, consolábale como padre, alentábale con saludables consejos, asistíale en todas sus necesidades con particular desvelo; y, si alguno se salía de su compañía, le era más sensible que si le diesen una fuerte puñalada. Cuando alguno de sus súbditos moría, derramaba copiosas lágrimas de sentimiento, como un piadoso padre en la muerte de su amadísimo hijo; favorecía siempre a los buenos y castigaba con severidad los defectos de los menos ajustados y siempre con santo celo; padeció en sus oficios trabajos extraordinarios como se conocerá por el caso que se sigue.

Siendo Guardián de este convento, tomó en él hábito para el coro cierta persona de noble sangre, de padres virtuosos y emparentado con sujetos de relevante calidad. De este novicio se hacía comúnmente tan alto concepto, que se presumía había de imitar y aun exceder en virtud a sus mayores; a pocos días que estaba en el convento, escribió altísimas cosas de oración, explicó el libro del Apocalipsis de San Juan; declarando grandes misterios, y cada día sacaba otras nuevas en diferentes materias, en que ocupaba todo el tiempo, sin tener otro ejercicio. Estos escritos se dieron a examinar a personas doctas, a maestros y Prelados de las Religiones, sin faltar el examen del Ilustrísimo Señor Arzobispo de Burgos que en este tiempo gobernaba. A todos admiraba lo escrito, ninguno lo condenaba, con que corría la materia sin resolverse en pro ni en contra. En el convento, que miraban más de cerca al novicio los religiosos, había entre ellos diversas opiniones; unos decían que el dicho novicio había de ser un San Buenaventura, fundados en la alta doctrina que escribía; otros afirmaban que todo era engaño y embeleco, fundados en que el tal novicio no seguía las comunidades del coro, ni veían en él la humildad, silencio y retiro que tenían los demás del noviciado, ni hacía oficios ni ejercicios de novicio; y sus compañeros eran los que más reparaban, porque advertían en él algunas acciones indignas de religioso. Pero, como los de esta parte eran de menor esfera y los superiores (aunque no todos) seguían la parte contraria, andaban todos perplejos, sin tomar resolución. Cada día crecía

más la duda, sucediendo en el convento casos exorbitantes, dispuestos y ocasionados del mismo novicio, con tal cautela, que no se le podía probar nada. A unos levantaba falsos testimonios, a otros ponía mal con el Prelado, al Prelado muchas veces le molía a palos, o otros maltrataba; y, en llegando a hacerse cargo, se justificaba más que un Santo y probaba la coartada. Los que tenían por santo, atribuían estas acciones al demonio, aduciendo eran trazas suyas para desacreditar al novicio y privar a la Religión de un gran sujeto, y que tomaba su figura y representaba su persona para que le echasen de la Religión; otros accionaban que el propio novicio era el mayor demonio, que a todos los traía inquietos y a muchos escandalizados. Finalmente prevaleció la autoridad y piedad de los mayores y profesó el dicho novicio, aunque siempre fué sospechosa su profesión y aun hubo después mucha duda acerca de su valor o nulidad. El procedió de modo que se vió obligada la Religión a quitarle el hábito y expelerle.

He referido este caso para que se conozcan los trabajos, contradicciones y pesadumbres que padecía este Guardián en tan graves y fuertes ocasiones como se le efectuaron en su tiempo. ¡Qué cuidados! ¡Qué desvelos! ¡Qué consultas! ¡Qué demandas y respuestas! ¡Qué inquietud para un hombre que amaba el retiro de su celda, la paz de su convento y el consuelo de sus súbditos! Sin duda fué esta una de las mayores mortificaciones que padeció en todo el discurso de su larga vida. Amaba de corazón la virtud de la pobreza, andaba con gran tiento para no llegar a ofenderla y así examinaba sus propias necesidades, que, en no llegando a graves y manifiestas, las toleraba y sufría antes que remediarlas. Siendo Prelado, prevenía a los limosneros no fueran codiciosos ni molestos a los bienhechores, ni admitieran limosna alguna que no fuera en propia especie y con necesidad presente o inminente, atándoles las manos para que no recibiesen cosa, si sin ella se podía pasar. Salía muy pocas veces de casa que no fuera obligado del oficio y tenía gran aversión a tratar con seglares; y, si veía alguno andar por el convento o claustro, le echaba con confusión a la iglesia; y tenía mandado al portero no dejara entrar alguno sin especial orden suya. Sentía con extremo la vagueación de sus súbditos y recurso a las licencias, cuando eran sólo para desahogo y propio gusto. Deseaba a sus religiosos retirados y recogidos en sus conventos, y así excusaba dar sermones que no fueran muy forzosos o de provecho de las almas, y así mismo el enviar frailes a entierros u honras que no fuesen de hermanos que los recibían en su casa; a los demás lo negaba con gran facilidad y resolución. En los últimos años de su vida padeció este Siervo de Dios muchos achaques propios de viejos, y algunos melindrosos se

ofendían y enfadaban de ponerse junto a él y aun lo mostraban con palabras y desprecios; a todo callaba, sufría y disimulaba con paciencia, si bien la naturaleza no dejaba de sentir la mala correspondencia. Murió de viejo, pero muy bien prevenido; muchos años antes hacía que se prevenía para este lance, ocupándose en continuas protestaciones de fe, en la meditación de la muerte, frecuencia de Sacramentos, [ya que] cada día se confesaba; y, como la edad era mucha y la naturaleza estaba ya cansada, resolviéndose poco a poco, le vinieron a faltar las fuerzas, y pagó la pensión de haber nacido con entregar su alma al Criador, y fué a los ochenta años de su edad y sesenta y uno de Religión, año del Señor de mil seiscientos y cincuenta y nueve, en el mes de septiembre, a veinte y cinco de dicho mes. Y está enterrado en este convento.

14.—P. Fr. Francisco de Oca (131).

El P. Fr. Francisco de Oca fué natural del lugar de San Miguel, aldea de la villa de Belorado, en el Arzobispado de Burgos. Predicador apostólico y de gran celo de la salvación de las almas, en sus sermones no gastaba afectada retórica, no usaba de frases, ni de colocación de términos, ni de consonancia de voces, ni de discursos subtiles; su estilo era claro, llano, inteligible y devoto. Aconsejaba con suavidad, enseñaba con amor, y con rigor reprendía los vicios y con severidad aterraba a los viciosos; más se inclinaba a predicar en lugares pequeños y a los pobres, que en populosas ciudades. Tenía gran ternura natural, y, en tratando de la Pasión del Señor, derramaba lágrimas de compasión y con grande espíritu y eficacia movía al auditorio a prorrumper en devotos suspiros y contrición de sus pecados. Trabajaba mucho en introducir el ejercicio santo del *viacrucis*, para lo cual persuadía a los concejos de los lugares hiciesen poner cruces en los caminos y en los mismos lugares plantaba devotos Calvarios, dejando a los señores Curas libritos de los misterios de la Pasión del Señor y exhortando a todos a este santo ejercicio, en que se ha conocido muy gran fruto (132). Sus conversaciones todas eran espirituales, reprendía con santo celo los pecados públicos, abominaba de las conversaciones y juegos en las tabernas, indignábase contra los juradores, condenaba la ociosidad en la gente de labranza; exhortaba con cariño a visitar las iglesias, y, si notaba en ellas

---

(131) Igual referencia que en la nota anterior.

(132) Recuérdese que uno de los méritos principales de San Leonardo de Porto Mauricio es el haber sido un propagador sistemático del *viacrucis*. Aquí tenemos el caso del P. Fr. Francisco de Oca, a quien hay que considerarle como un precursor.

algunas indecencia o descompostura exterior o falta de reverencia, por ver algunos arrimados o recostados, les obligaba a poner las dos rodillas en tierra, ponderándoles el respeto debido a Dios, que sacramentado asistía en aquella casa. De unos lugares a otros se iba la gente siguiendo a este Siervo de Dios por gozar de su celestial doctrina.

Muchas y diversas veces fué Guardián de este convento y Definidor de la Provincia por la Recolectión, y siempre gobernó con gran crédito, con mucha paz, caridad y unión. Amaba tiernamente a sus súbditos y era amado de todos. En la escuela de las comunidades era el primero y así le seguían los súbditos con cariño. Es estilo en la Recolectión hacer la señal con la campana un cuarto de hora antes de empezar el Oficio; fué puntualismo en acudir a la primera señal, por ganar aquel tiempo y prevenirse para cantar o rezar las divinas alabanzas con mayor atención. Asistió este Siervo de Dios muchos años a la Venerable Madre Sor María de Jesús, y en su convento de la Concepción de Agreda fué Vicario, así en el convento antiguo como en el nuevo, y en éste corrió por su cuenta asistir a la fábrica hasta ponerla en la perfección que hoy la hermosea. Hallaban en él los religiosos grande consuelo, porque con su ejemplo los despertaba, con sus dulces palabras los atraía, y con sus eficaces razones movía los corazones a tratar con veras de su aprovechamiento con más solicitud y perfección. Vivió en la Recolectión cerca de cincuenta años y siempre loablemente. Murió a los setenta y seis de su edad en el convento de San Julián de Agreda, donde está su cuerpo sepultado, año de 1639, a los últimos del mes de septiembre.

(Continuara).

FR. IGNACIO OMAECHEVARRIA, O. F. M.